



UN CVENTO DE
DOMINGO DE
RAMOS

Oí gritos, algarabía, jolgorio, fiesta.

Mis ojos, rebeldes, no podía abrirse del todo pero hubo algo que me conmovió. Un grito: ¡Hosanna! Un clamor: ¡Viva el hijo de David!.

Rápidamente salté de la cama. No lo podía creer: ¡estaba en Jerusalén! ¡La ciudad tres veces santa! ¿cómo era eso posible? Anoche me acosté con miedo al virus y cansado de tantos días en casa y ahora...

Me acerqué incrédulo. Sabía lo que pasaba. Desde niño había ido a Misa y sabía bien lo que esos gritos significaban: ¡era domingo de ramos!

Llegaba tarde para poder unirme a la comitiva. Mi corazón se aceleró. ¿qué podría hacer?

Nunca me doy por vencido y siempre busco la manera de conseguir lo que quiero. Tirar la toalla no aparece en mi vocabulario. Sin embargo no parecía fácil conseguir mi propósito. De todas maneras lo intentaría.

Corrí calles abajo pero ya la multitud se estaba dispersando y no sabía qué hacer. Tendría que pensar. ¿qué iba a hacer? Aquel sitio era desconocido para mí. No sabía ni qué hacía allí ni qué iba a pasar.

Deambulé por las calles. Los judíos llevaban su ajeteo y los comerciantes me ofrecían la comida que buscaba. Sin embargo no tenía hambre.

Y fue entonces, sí, sin más, porque así es como pasan las cosas importantes: le vi.

Estaba rodeado de gente. No podía acercarme a Él pero, de momento, una electricidad iluminó mi vida. Desde la cabeza a los pies sentí que todo se iluminaba. En medio del bullicio un silencio se produjo a mi alrededor. El mundo se paró: me estaba mirando.

Sentí el amor. Todo me daba vueltas pero yo sabía bien lo que era.

No podía moverme y, de repente, se me acercó.

Sí. Jesús, el de Nazaret. El que tantas cosas hizo, al que tanta gente buscaba. Venía hacia mí. Yo no podía creerlo pero allí estaba.

Su voz me hizo reaccionar.

- ¿Cómo estás?

Yo balbucee un bien apenas perceptible. ¿Qué le iba a decir al Rey de reyes?

Y, sorprendido de nuevo, escuché la voz que tantas veces había escuchado en mi vida: sígueme, me dijo.

Fui tras Él.

Sentí como pasaba su brazo por mis hombros y me apoyé en Él. No podía ser. Estaba soñando. Sin embargo ¡era verdad!

Nos sentamos al borde de un camino.

Se me quedó mirando en silencio y yo le pregunté:

- Y tú ¿Cómo estás?

Ahora, cuando lo pienso, me digo que era normal y que, al igual que hacía cada día, dialogaba con mi amigo. Pero este era el Amigo en mayúsculas.

Él no me respondió. Me miró y me dijo que se iba a Betania. Que allí tenía unos amigos

- ¿Marta, Lázaro y María? le dije y Él sonrió.

Se levantó y comenzó a contarme.

-Ya me queda poco. Hoy ha sido una locura pero este mundo es así. No tardarán en gritarme otra vez pero esa, será distinta. Yo caí en la cuenta pero callé. No quería estropearlo.

Me dijo que estaba nervioso, cansado. Que necesitaba un lugar donde no tener que esconderse porque ya llevaba un tiempo muy complicado y los judíos le acosaban.

- Y ¿por qué no escapas? le pregunté.

De nuevo me miró y volví a sentir esa corriente desde la cabeza hasta los pies.

Sólo respondió: - Por amor.

Me invitó a entrar en Betania. Los dueños de la casa se alegraron y le preguntaron quién era yo.

- Un amigo, respondió Él

María sonriendo dijo:

-Tus amigos son los nuestros. ¡Adelante!

Y allí estaba yo. Invitado por Jesús en casa de sus amigos.

Me senté a la mesa con ellos.

Se respiraba preocupación pero, sobre todo, confianza, cariño. Nos reímos como lo hacen los amigos que se encuentran.

Comenzaron a contar anécdotas que yo no conocía. Que si Lázaro estaba sintiéndose como un bicho raro por todos los que le miraban, que si Marta había aprendido que lo exterior, siendo importante, no era lo más... María, sin embargo, estaba más callada. Intuí que su sensibilidad percibía que era la última vez que estaba con el Amigo y un brillo de tristeza arropaba sus ojos.

- ¿Qué sentías, le pregunté, cuando todos te aclamaban?

El suavemente me contestó:

- Amor. Sé que los que me aclamaban, en su gran mayoría, no sabían lo que hacían. Pero los niños sí. Tienen el corazón del que pertenece al Reino y a ellos no se les escapa la presencia de su Dios.

- ¿Y ahora? volví a preguntar.

Cerró sus ojos. El tiempo que transcurrió no lo sé pero a mi se me hizo eterno. Me arrepentí de haberlo preguntado pero soy impulsivo y me preocupaba por Él.

Abrió sus ojos, que hasta ese momento mantenía cerrados, y me respondió con sencillez:

- Asustado. No sé que me pasará. Hay una lucha dentro de mí y sé que la venceré. Mi Padre no me va a dejar.

Volvieron a pasar unos segundos que se me hicieron horas pero, de pronto, Marta se puso en pie y nos animaba a descansar. Jesús sonrió. Me guiño el ojo y añadió:

- Marta, Marta, ¡siempre tan activa!

Una gran carcajada cerró el momento difícil que habíamos pasado.

Cuando, al amanecer, desperté recordaba que la noche anterior no me había podido dormir enseguida, como suelo hacerlo. No acababa de creer lo que estaba viviendo pero descubrí que estaba en paz. Tenía mucha paz.

Jesús ya no estaba. Los catres que los hermanos habían improvisado para nosotros estaban en la misma habitación pero Él ya no estaba.

Salí fuera y me encontré a los cuatro reunidos.

- Buenos días dormilón, me dijeron al unísono.

De nuevo se respiraba alegría y yo me deje llevar por el ambiente.

Pasaron las horas, los días.

Conversé mucho con Jesús y me contaba cosas. Sobre todo me escuchaba. Yo le desahogué mi corazón y, cuando, en algún momento, quise disimular, para quedar bien, (me olvidaba de que mi Amigo lo era en mayúsculas) Él me miraba con esa sonrisa que sólo es patrimonio de los que aman y no juzgan, y yo caía en la cuenta y le pedía perdón, Él me respondía:

-No te preocupes. Yo lo sé todo pero me gusta escucharte. Eso sí, no disimules, porque a mí no me engañas. Y soltaba una sonora risa.

Los días no pasaron ¡volaron!

Yo me sentía privilegiado pero, su actitud conmigo era tan normal, que no me di cuenta de que estábamos llegando a unos momentos delicados.

Era Jueves y sus discípulos había ido a verle.

Pude escuchar lo que tantas veces había oído: Id a casa de fulano y decidle: el Maestro quiere celebrar la Pascua en tu casa.

Por un momento todo se me hizo negro. Yo sabía lo que venía. Observaba su rostro y recordé que ya todo iba a comenzar.

Ese día apenas pude comer.

Pensaba que allí se acababa mi estancia en Jerusalén y, cuál fue mi sorpresa, que me dijo:

-Acompáñanos.

Yo había tenido una conversación con los hermanos por separado. Cada uno de ellos me había contado sus intimidades con Jesús. Todos coincidían en lo mismo: Jesús sabía amar. Sabía darle a cada uno lo que necesitaba y se dejaba amar. Esto le hacía tan humano y tan divino a la vez.

Cuando llegó el momento de la partida me di cuenta de que todos éramos conscientes de que aquella sí era la última vez que se verían en este mundo.

Cada uno a su manera se fue despidiendo.

Me llamó la atención, como ya lo había observado, que Lázaro era el más especial. El abrazo que se dieron rezumaba cariño. Fue largo e intenso. Silencioso pero cómplice. En ese abrazo se veía lo que los judíos comentaban el día en que Lázaro volvió a la vida: ¡cómo lo quería!

Y es que Jesús se hacía de querer y, sobre todo, sabía querer.

Ahora, hablando de ello, me doy cuenta de que es precisamente eso lo que cautivaba. Jesús amaba de verdad. Sin máscaras ni recelos. Su corazón, más tarde abierto, era capaz de acoger a todos y, a cada uno, le tenía reservado su espacio. Lo sabía, me lo habían dicho, lo había estudiado pero ahora lo estaba experimentando.

Lázaro, en contra de lo que se dice de los hombres, fue el único que lloró. Se volvió rápidamente hacia la casa y Jesús se le quedó mirando y pude atisbar en sus ojos un reflejo que traslucía sentimiento de tristeza, de despedida. Jesús también lloraba.

Fuimos furtivamente. No podíamos arriesgarnos pues nos habían llegado noticias de que los judíos habían aumentado la vigilancia. Jesús estaba en peligro y tenía que celebrar la Pascua. No podía ser sorprendido y encarcelado. Cada cosa a su tiempo.

Iba rápido, decidido. Su actitud era muy distinta a la de la tarde en que fuimos a Betania. Al ir íbamos sosegados. Volvíamos con premura. Con decisión. Yo llegué a pensar que si esto no hubiese sido así quizás el camino hubiese sido otro. Caminaríamos hacia Nazaret, en dirección contraria. Pero ¡no! Jerusalén era el término de su viaje y nada lo pararía. Tenía que acabar lo que había comenzado hacia tres años en Galilea.

La mayor parte del trayecto lo hicimos en silencio. Sólo se rasgaba por el chirrido de algún insecto o por el revoloteo de algunos pájaros que, como si fuesen su cortejo, nos acompañaban.

Llegamos por fin a la casa. Subimos a una estancia superior y contemplé la escena.

Unos rudos personajes estaban preparándose para la mejor cena de sus vidas. Ellos no lo sabían pero, aunque se la conoce como la Última, fue la primera de infinitud de cenas que cada día se celebran en el mundo.

Me llamó la atención la actitud de Jesús. Estaba sereno. Observaba en silencio. Le vi hablar con naturalidad con las mujeres. Pensé si estaría su madre entre las cortinas que decoraban la estancia pero no me atreví a preguntar. Seguro que allí estaba. Como en Belén, como en Caná. La Madre siempre está.

Pasó el tiempo y nos acomodamos. Yo pensaba que estaba destrozando una escena tan conocida. Allí sólo debían haber trece. Hice ademán de salirme. No sabía si quedarme en un rincón o salir huyendo. No podía soportar tanta tensión. Y sin más, conociendo mis pensamientos, Él, con su mirada suave y penetrante y con su palabra calmada, me dijo:

- ¡Tranquilo! Este año seremos catorce.

Y así sin más, me vi sumergido en el más maravilloso ambiente que podía haber sospechado.

Cada uno iba a la suya. Vi en Jesús la misma mirada que pocas horas antes había contemplado cuando nos despedimos en Betania. Estaba mirando a Juan. Esa mirada era especial. Había comunión. Se percibía Amor.

De repente Jesús se levanta de la mesa, toma una toalla y se la ciñe. Los amigos lo miran desconcertados. ¿Qué pasa ahora?

Poco a poco se crea un silencio y las miradas van bajando al suelo. Allí es donde está Jesús. Arrodillado en el suelo y lavando los pies a Pedro. Ha habido un diálogo serio. Jesús ha amenazado a Pedro: ¡no tienes nada que ver conmigo! Pedro ha agachado la cabeza y ha balbuceado que no sólo los pies sino también la cabeza.

Uno a uno Jesús lava los pies. Cuando llega a mí me guiña el ojo. Sabe que yo conozco el final de la historia. Sabe, porque en una tarde de las que pasamos en Betania se lo conté, que ese signo me emociona sobremanera. Nunca hubiese pensado que aquello iba a pasar. Pero sí, estaba pasando.

En Betania Jesús me dijo que era el mayor testamento que había dejado a la humanidad. Que nos costaba entender que sólo el servicio podía llevarnos a la alegría plena. Que sólo arrodillándonos ante los demás podríamos descubrir su verdadera esencia y, por eso, la nuestra. Me había confiado que este signo era el rostro maternal del Padre. Que también es Madre (porque entre los judíos el lavar los pies está reservado a las madres y a los esclavos).

En aquel momento percibí que sus palabras eran de Dios porque, al igual que en los albores del mundo, la Palabra hecha carne, se hacía coherencia.

Comprendí su acto pero, sobre todo, acogí su mirada que, de nuevo, atravesaba mi ser que se sentía infinitamente amado.

Después repitió las palabras que yo ya conocía:

- Me llamáis el Maestro y el Señor y decís bien, porque lo soy. Aprended de mí. Amaos. No perdáis el tiempo en justificaciones ni razonamientos. Amaos y ya. ¡No os compliquéis!

Cuando esto sucedió hubiese querido salir a gritar al mundo: ¡Amaos!

¡Si es que es muy sencillo! ¡Amémonos y todo lo podremos conseguir! ¡No hace falta más!

Pero no pude. Estaba invitado por Jesús y nadie me hubiese escuchado. Era una cena íntima.

Seguimos el ritual de bendiciones y, cuando ya parecía que se iba a acabar, Jesús tomó pan, lo partió y lo repartió diciendo: Tomad y comed. Esto es mi Cuerpo.

De nuevo el tiempo de paralizó. Las caras de los amigos parecían otras. Miraban, no se atrevían a preguntar y, como si de una cáscara de nuez transportada por el mar se tratase, se dejaban llevar. Uno a uno iban comiendo. Masticando con temor y temblor.

Estaban acostumbrados a los gestos y palabras extrañas que no acababan de comprender pero se dejaban mecer por el oleaje de amor que nos envolvía.

¡Todo era tan sencillo!

Ahora Jesús toma la copa de vino. Era un cuenco bajito, de un material parecido a un cuarzo (yo no entiendo de eso pero me pareció muy hermoso), no era muy alto serían unos 7 u 8 cm de alto y no llegaría a 10 de diámetro. Comprendí que aquella imagen me resultaba familiar. ¡Eso es! La había visto muchas veces en al Catedral de Valencia.

Y, de nuevo, la voz profunda de Jesús rasgó el silencio que se había ido enseñoreando:

-Tomad y bebed. Este es el cáliz de mi sangre.

Eso sí me lo conocía. Los amigos de Jesús no. Se miraban de reojo. ¿Sangre? Ya estamos otra vez con los acertijos. Antes era pan y ahora vino y el Maestro los llamaba Cuerpo y Sangre. ¡Cosas de Jesús!

Rozándose imperceptiblemente los dedos la copa iba de mano en mano. Eran manos fuertes (en eso sí me fijé), de trabajador avezado en tareas duras. Algunas temblaban y otras dudaban de si cogerla con respeto o con miedo. ¡Había dicho que era sangre! Sus padres les habían enseñado que no podían jugar con ella. Era la vida y no podía tratarse de cualquier manera. Sólo Yahvé era el dueño. Pero Jesús había dicho bebed y ellos no iban a desobedecer.

Cuando la copa volvió a llegar a Jesús estaba vacía. La habían apurado. Era ya suya y para ellos y no podían perder ni una gota.

La fiesta siguió después de estos momentos álgidos. Cantaban y hablaban. Todo había vuelto a la normalidad.

Al concluir el Salmo, que yo iba rezando muy lentamente para que durase más, salimos hacia el Huerto de los olivos. Me acordé de lo de salir a las periferias. Me vino a la cabeza lo de “salir de la zona de confort” y, por un momento, tuve la tentación de decirle a Jesús: ¡no vayamos! No se me ocurrió decírselo. No podía ir en contra de los planes de Dios. ¡Ganas no me faltaron!

Por el camino volví a acercarme a Él. Le dije que había sentido celos cuando había visto a Juan reclinarsse sobre su pecho y nada más decirlo me arrepentí.

Cuando yo esperaba que me dijese cualquier cosa moralizante ¿sabéis lo que hizo? Se paró. Me sonrió y me abrazó. Sentí en mi interior lo que es la misericordia.

Estuvimos hablando un momento sobre lo impresionados que estaban los apóstoles con lo de lavarles lo pies y lo del cuerpo y Sangre. Jesús mirándome a los ojos, con una profundidad que yo nunca había sentido, me repitió: lo comprenderán mas tarde.

Yo estaba emocionado. ¡Feliz! El abrazo de Jesús me había atravesado el alma. Ya no podía pedir más. No quería que llegásemos. Quería que todo se parase pero ¡no! Ya estábamos.

Volví a tener dudas. Jesús se había ido con Pedro, Santiago y Juan. Yo me quedé quieto y Jesús cogiéndome de la mano me llevó con Él.

Los goterones llegaban al suelo. No vi ángeles ni nada parecido pero sí percibí que algo estaba pasando en Jesús.

Suplicaba, cerraba los ojos. Asentía con la cabeza.

Mi piel se erizaba por momentos.

Me tapé la cara y me puse a llorar.

Él se levantó y por tres veces me dejó allí llorando.

La última pasó su mano por mi cabeza, acarició mis cabellos y me dijo: ¡ya!

El ruido de las hojas secas hizo que me volviese. Todo fue muy rápido.

En un momento me dijo:

-Ven siempre conmigo y no tengas miedo. No te harán nada.

De pronto escuché gritos. Alguien gritaba: ¡mi oreja!.

Las ramas de los olivos se quebraban por el peso de los amigos que huían. Alguno agazapado iba siguiéndonos.

Yo estaba aterrorizado pero su Palabra me había dado fuerza. Debía seguir. Tenía que acompañarle. No recordaba lo de “no te harán nada”, sólo quería verle. Mirarle. Seguirle.

Comprendí en ese momento el significado de esta palabra: ¡seguirle!

Supongo que alguna vez habéis experimentado el correr del tiempo. Algunas veces pasa rápido y otras se pasa en un suspiro. Yo no podría decir que me pasó aquella noche. Las imágenes, el pensamiento, mis razonamientos, mis emociones se mezclaron y ahora no os puedo decir si pasó rápido o lento. Lo cierto es que, hoy después de todo lo pasado, lo recuerdo segundo a segundo.

Llegamos a casa de Anás y después a la de Caifás.. La noche, bañada por la luz de la luna (era pascua) era muy oscura. Hacía más bien frío.

Allí había mucha gente. Cada uno iba a la suya. Se calentaban. Miraban curiosos. Percibí que, como siempre pasa, algunos miraban con afán de cotilleo, otros sabían que algo raro estaba pasando (no era normal aquel ajeteo a esas horas de la noche) y otros, sin más, pasaban del tema.

Los que sí estaban muy en su sitio eran los Sumos sacerdotes y los escribas judíos.

Hablaban, mas bien cuchicheaban, entre ellos. No oía lo que decían pero sus caras mostraban maldad. O, tal vez, era seguridad de haber ganado una batalla incómoda. No sé. Lo cierto es que estaban frenéticos. Alzaban sus brazos, movían sus cabezas y sus cuerpos y los largos ropajes con los que iban vestidos eran como olas en el mar con su ir y venir.

Los judíos le gritaban interrogándolo. Hubo un momento en que me moví para ir a defenderlo pero sabía que Jesús tenía que pasar por ello. Su misma actitud me hacía serenar. Se le veía sufriendo pero con dignidad.

Las voces se iban alzando, el tono era cada vez más violento. Alguien se atrevió a pegarle una bofetada. Escuché su voz que preguntaba:

- ¿Por qué me pegas?

No puedo decir que se hiciese silencio pero sí hubo un instante en que se paralizó todo. Algunos bajaron sus ojos casi involuntariamente.

Y, enseguida, volvieron a oírse gritos. ¡Somos tan “desentidos”, como dicen los mayores!

Sentí como si un hierro candente atravesara mi ser cuando vi como lo llevaban a casa de Pilato. Como un animal herido, peligroso. Las burlas aumentaban. Él cerraba los ojos no sé si por el dolor o porque era la manera de confirmar su comunión con el Padre. Intuyo que lo segundo aunque me creo que también lo primero es verdad.

Seguía con la vista a Jesús. Estaba sufriendo. Tenía el rostro austero y doliente. La mayor parte del tiempo tenía los ojos cerrados, como cuando se da un beso enamorado. Su cuerpo seguía siendo elegante, como siempre. No había ningún atisbo de orgullo ni prepotencia pero tampoco de sumisión. Era Él. El Señor que, horas antes, ya se había abajado a ras de suelo para lavar los pies y que luego había reafirmado que era el Maestro y Señor.

Recuerdo que en una de las conversaciones en Betania me explicaba que había que ser servidor pero no servil. Yo escuchaba con atención y Él desgranaba suavemente sus pensamientos.

- No es lo mismo servir por amor que estar sumiso a otro por miedo. Servir siempre. Sumisión servil ¡nunca! El ser humano tiene una dignidad que nadie le puede quitar y, si se hace, se está ofendiendo gravemente a mi Padre. Cuando creamos al ser humano lo hicimos a nuestra semejanza y eso le da toda la dignidad.

Cuando se es servil se está manifestando una gran pobreza. No se tiene la seguridad en sí mismo y se le da al otro un poder que sólo, solo, no lo olvides nunca, le debemos a Dios. Los poderosos no lo conciben así porque piensan que el dinero y el poder les hace dioses pero piensa en lo que ahora estáis viviendo y te darás cuenta de que no hay diferencia entre poderoso y pobres: todos caen enfermos y la muerte iguala a todos.

Jesús se emocionaba por momentos. Había pasión en su hablar. Lo observé en muchos momentos de esa semana. Le pasaba cuando hablaba de Dios Padre y del ser humano. Sentía pasión. Sentía amor y eso le hacía exaltarse a la hora de hablar. Daba gusto oírle y te envolvía totalmente en sus razonamientos porque te hablaba como un Maestro que se cree lo que hace, que tiene autoridad moral porque no transmite conceptos teóricos sino vida y Él Vida en mayúsculas: Vida divina.

Allí estaba Pilato. Era un hombre asustado que quería mantener la compostura. Yo sabía que se lavaría las manos por eso, al mirarlo, conocía cada uno de los sentimientos que le atenazaban.

Por una parte había algo en aquel hombre que le atraía. Seguramente lo que os he contado antes de la dignidad de Jesús. Por otra parte le repelía el servilismo, que rezumaba odio, de los “jefecillos” judíos. Sabía que su mujer le había dicho que lo soltase y, sabía porque desde niño así me lo había imaginado, que aquel hombre estaba ante una encrucijada. Como con las que, muchas veces, nos encontramos nosotros. Sabemos lo que hemos de hacer pero tenemos miedo de hacerlo. Pensamos que el tiempo resolverá la situación y esta se va agravando con el paso del mismo. Sabía, porque lo he experimentado en mi vida, que si tomaba el camino fácil se arrepentiría pero no podía, no quería, complicarse la vida. Acostumbrado como estaba a las grandes apariencias tenía que decidir algún gesto que, sin el saberlo, se iba a convertir en la expresión de la indignidad.

Por algún motivo, pienso que bienintencionado, Pilato dialogaba con Jesús. Su mirada le perturbaba. ¿Eres rey? le había preguntado y Jesús respondió que sí.

¿Qué es la verdad? le dijo por fin y ahí no obtuvo ninguna respuesta. Jesús callaba. No sé si estaba ya cansado, si pensaba que era inútil responder o si quería darnos ejemplo de que hay preguntas cuya respuesta hemos de encontrar por nosotros mismos. Él ya había dicho “Yo soy la Verdad”, ahora le tocaba a Pilato buscarla.

Pilato cada vez dudaba más. Le quedaba un “as” en la manga. Era Barrabás, un bandido.

Pensaba que el odio de los judíos hacia Jesús no llegaría al extremo de elegir al forajido en lugar de perdonar al pobre nazareno. Lo intentó pero, como suele pasar, la superficialidad volvió a vencer. ¡Crucifícalo! gritaban. ¿No se daban cuenta? No. El ser humano no se da cuenta, muchas veces, de lo que es importante. No se entera de lo que

pasa alrededor. Va a la suya y se olvida de que mientras unos se preocupan de qué se van a poner para ir de fiesta otros mueren de hambre. Jesús también lo sabía.

Aquella tarde en Betania fue genial. Caía el sol. Marta nos había traído un refresco. Marta siempre preocupada por nosotros. Y ¡menos mal! Está bien que nos preocupemos del espíritu pero si el cuerpo no está bien difícilmente entramos en comunión con el que es la Belleza y el Amor.

Jesús permanecía en silencio. Habíamos hablado durante la comida de lo hermosa que era la amistad y de lo grande que es poder compartir corazón con corazón. El aire estaba rezumando amor por esas palabras y el silencio lo impregnaba todo.

Cuando Marta nos trajo el refresco Jesús me miró, sonrió y me dijo:

- ¿Sabes? Lo que más me cuesta es la superficialidad de las personas. Cuando queréis tapar vuestros sufrimientos, vuestros pensamientos, vuestras emociones con cosas externas. Cuando sois incapaces de poneros a pensar y os cargáis de cosas para no tener que oír a vosotros mismos. No entiendo, o me cuesta comprender, cómo os dejáis llevar por lo exterior y no disfrutáis con lo que lleváis en vuestro interior. Eso era lo que quise decirle a Marta cuándo se quejaba de que María no hacía nada. No le decía que ella tampoco hiciese sino que lo hiciese desde dentro no tapándose con el hacer para olvidarse del ser.

La conversación con Pilato terminó bruscamente. ¡Ya no podía hacer nada por aquél desarrapado! Se lo había buscado él. Como siempre, la culpa la tiene el otro aunque ese sea Dios.

Iba a castigarle pero no quería matarle. Eso ya era demasiado. Las fauces de los lobos que le rodeaban gritaban cruz. Él quería evitarla. Se le notaba.

Seguí a Jesús y me di cuenta de que también estaba Ella. María. Su rostro lleno de dolor tenía la misma dignidad que su Hijo. Había sido templo suyo y esa huella no se le borró nunca. Pero lloraba, gemía, oraba, sentía el desgarró que le producía aquella espada que le habían anunciado años atrás aquel viejo Simeón. Ahora no podía pensar en aquello pero lo comprendía. No eran sólo palabras. Eran profecía.

Por unos instantes sentí su mirada. No era de rabia sino de entrega. Me estaba mirando como quien mira a un hijo y le pone rostro al amor. Yo no pude aguantar. recordé mi vida, recordé a mi gente y lloré. Lloré como nunca lo he hecho. Aquello me superaba. Siendo hombre como soy me derrumbó la fuerza y finura femenina.

Volvíamos del campo Lázaro, Jesús y yo. El sol del mediodía caía sobre nosotros y, de repente, Lázaro dijo:

- ¡Menos mal que están mis hermanas!

Dejamos de caminar y Jesús asintió. En aquel momento pensé que Jesús iba a decir algo solemne pero sólo dijo:

- Por eso mi Padre os ha creado así porque sois iguales y os necesitáis. No lo olvidéis: sois iguales y necesarios.

Ahora, al mirar a María recordando las palabras de Jesús, me di cuenta que no estaba sola. Con ella había más mujeres. Recordé el Evangelio de Juan: “Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su Madre y María la de Cleofás...” y pensé que en aquel momento, junto a Juan, aquellas mujeres ejercían el sacerdocio.

Entre lágrimas volví a acompañar a Jesús ante Pilato. El griterío iba en aumento y, por fin, salió el agua. Se lavó las manos. Fue un momento estremecedor. Toda la falta de compromiso de la humanidad de todos los tiempos se estaba representando en aquel signo. En aquel momento se hizo presente la pobreza del ser humano frente a la divinidad del “Ecce homo” (He aquí al hombre”)

Ya estaba hecho. Se había consumado la iniquidad.

Volví a sentir la mirada de Jesús otra vez. Entendí. Me estaba diciendo: Amor, amor, amor. Es lo que me había respondido el primer día camino de Betania y ahora me lo volvía a decir: amor

Fue sólo un instante porque inmediatamente los soldados lo cogieron y, dándole trompazos, lo cargaron con una madera pesada. Era la Cruz.

Esa noche había un cielo espléndido. Habíamos cenado, como siempre, en medio de risas. Ahora volvíamos a estar solos y me atreví a preguntarle:

-¿Porqué estoy aquí?

Yo esperaba que sus respuesta fuese larga. Que me daría algún motivo que explicase cómo desde mi sueño había llegado a Jerusalén y estaba pasando los últimos días de su vida con Jesús. Sin embargo, de nuevo, su palabra fue:

-Por amor, por amor... Lo comprenderás más tarde.

Yo seguí absorto pensando en esa respuesta. No sentí que jugaba conmigo sino que, como a un niño, me iba cuidando y que tenía una misión para mí que en aquel momento no podía asumir o no podía entender.

Estas palabras volvieron a resonar en mi interior cuando vi a Jesús cargado con su cruz. No sé si cayó tres o más veces. Lo cierto es que necesitaba ayuda. Yo me moría por dentro. Quería acercarme a Él. Ayudarle. Quería gritar: ¿No os dais cuenta? Pero mi garganta estaba atenazada. No podía decir si era el llanto, la rabia, el dolor o incluso el miedo. Por mi garganta no salía ni una palabra. Estaba atenazado. De momento vi a un hombre joven cuyos fuertes brazos cargaron con Jesús la cruz. ¡Menos mal! ¡Pensaba que no llegaba a tiempo el Cirineo!

El sol iba cargando el ambiente. Recordé los días de mercado. Cada uno a la suya y , de vez en cuando, miraban aquel espectáculo. No iba con ellos. Se acercaban pero tenían prisa. ¡Había tanto que hacer! Es lo que nos pasa. La vida nos lleva en vez de llevarla nosotros. Lo que tenemos que hacer nos absorbe tanto que de lo importante, hay veces, que no nos enteramos. Luego lo miro, luego lo hago, luego lo pienso y luego vuelvo a pensar que luego y que luego ¿qué?, luego llega la muerte y se nos acaban los luego porque ella no conoce esa palabra.

Estaba cansado, agotado. Toda la noche sin dormir, la tensión de lo que estaba viviendo. No sé de dónde saqué las fuerzas pero hubo una palabra que oí. Jesús, pesar de todo, seguía siendo Maestro:

- No lloréis por mí

No me lo podía creer. ¿No lloréis por mí? Estaba muriéndose a trozos por el camino y aún hablaba. No se quejaba, enseñaba. Aquello me dio fuerzas. No podía bajar la guardia. Debía seguirle. Volvía a comprender el significado de esa palabra. ¡Qué fácil me había resultado hasta ahora! Pero ahora, cuando dolía, ¡qué difícil mantenerla!

Cada vez había menos gente. Y, de nuevo, vi que Jesús se paraba. Una mujer le secaba el rostro. Se dejaba querer. Seguía y ahora sí le vi el rostro. Destrozado pero seguía siendo señorial. Algo había visto. Pronto me di cuenta que no era algo sino a alguien. Me fijé y, como no suponerlo, su Madre. No alcancé a ver si hablaban pero conociendo a Jesús seguramente a Ella ya no tenía más que decirle. Ella ya lo sabía todo. Cruzaron sus miradas y, otra vez, se paró el mundo. Sus ojos se cruzaron. Sus lágrimas se fundieron en un abrazo eterno que recordaba la noche de Belén, la comida de Caná y las veces que se habían encontrado en silencio cuando no comprendían muchas cosas y rezaban juntos.

El Monte Calvario parecía más alto que nunca. Pero, como todo, llegó el momento de dejar la cruz en el suelo.

Yo estaba allí. Acaricié a María, que me dejó, y me regaló una mueca que quería ser una sonrisa imposible.

Me acerqué a Juan. Lloraba. Con lágrimas serenas pero muy, muy dolorosas. Era su Amigo. No sabía qué era más si su Señor o su Amigo y, en aquellos momentos, no le importaba. Ser amigo es servir al otro como al señor. Su pecho subía y bajaba con hipos incontrolados como cuando un niño llora desconsolado. Sin embargo también observé que estaba sereno. Que tenía aquella dignidad de la que hablaba cuando me refería a Jesús. Era lógico. La comunión entre los dos los unificaba hasta el infinito. Estaba de pie. Junto a María.

Estaba en estos pensamientos cuando un golpe seco me volvió a mi realidad. Estaban clavando a Jesús. El martillo sonaba seco al encontrarse con los clavos. El griterío había desaparecido. Un silencio sagrado dejaba paso al sonoro clavar del cuerpo de Jesús en el madero.

El Verbo se hizo carne y el ser humano la rasga. ¡Qué contradicción! ¿no?

Pude experimentar lo que pasa en cada Eucaristía al “partir” el pan: se rompe.

Cada segundo me hería. Pero fue inexplicable la sensación que tuve cuando vi cómo a golpes, que provocaban muecas de dolor en el rostro de Jesús, iban alzando la cruz. El último momento fue estremecedor. La cruz estaba casi recta pero aún faltaba el último empujón. Oí un grito. Era Jesús. Se perdió entre el ruido del madero al golpear el profundo suelo que contenía la base de la cruz. Fue un golpe seco. Un grito amargo y sentí la mano de María. Instintivamente me había cogido el brazo y me apretaba con todas sus fuerzas. Juan se tapaba la cara. No podía aguantar.

Jesús entonces calló. Parecía que todo había acabado pero no. Respiraba con dificultad pero seguía haciéndolo.

Era increíble. Estaba hablando. María se acercó. Se abrazó a la cruz que manchó sus manos y ropas de sangre. Levanto los ojos y escuchó: Éste es tu hijo.

Juan comprendió que, quizás por última vez, el amigo quería decirle algo. Así fue: ahí tienes a tu madre, escuchó. Rompió a llorar. No podía contenerse. Noté cómo Jesús me miró. Fue un segundo pero sentí que ese segundo era infinito. Su mirada me había transformado. Ya no lloraba con rabia, ya no estaba desesperado. Mis lágrimas fluían suavemente por mi rostro. No hacía ningún esfuerzo por enjugarlas. Las dejaba caer, no las contenía, como el Jueves santo, al igual que el mar llevaba la cáscara de nuez. Aquel día era amor suave hoy era amor sangriento. pero amor, siempre amor.

El día iba pasando. No fui consciente de si sus últimas palabras fueron siete pero sí oí perdonar al ladrón y a toda la humanidad, prometerle el paraíso a Dimas, rezar el salmo: "Porqué me has abandonado", pedir agua: "Tengo sed" y, por fin, el "todo está cumplido". Parecía que era el final y, ahora sí, exclamó: ¡Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu!

Todo quedó en silencio. Recordaba los Viernes santos de mi vida. Las veces que había anunciado el día del gran silencio, pero nada era parecido a lo que estaba viviendo, lo que estaba experimentando. Todo había callado.

Entré en una espiral que ahora ni recuerdo. No sé si perdí el conocimiento. No recuerdo nada.

Sólo sé que hoy me he vuelto a despertar en casa. Que ya no estoy en Jerusalén y que lo que he vivido no ha sido un sueño. Cuando esta mañana me he levantado he sentido, de nuevo, paz.

Algo nuevo había en mí. ¿He estado con Jesús? ¡He estado con Jesús!

Me he quedado mirando el ciprés que hay muy cerca del balcón de mi habitación. El viento lo mece. No es la primera vez que lo veo pero hoy, día de Pascua, se mueve como alegre.

De pronto he oído su voz. Sí. Era Él. ¡Está vivo! ¡Está vivo!

He comenzado a preguntarle cosas, a compartirle mis sentimientos, a inquirirle. Me he vuelto loco y, después de todo aquello, viendo que me estaba pasando, he callado esperando su respuesta.

Y me ha dicho: - Amor

Se ha acercado a mí y me ha abrazado.

Cuando he abierto los ojos ya no estaba. Pero yo ya tenía todas las respuestas. No hacían falta palabras. Ahora lo comprendo todo

Ya he encontrado la respuesta a mi pregunta de ¿Porqué a mí? ¿Porqué yo? ¿Para qué?

La respuesta es: Amor.

Para que os lo cuente. Para que sintáis, como yo lo siento, su Amor y para que os diga que, después del dolor, viene el abrazo. Ese abrazo que ilumina y que fortalece. Ese abrazo que te hace volar por el alto cielo y ese abrazo que, cada día, Él nos da con los primeros rayos del sol.

Sus ojos siempre están abiertos y nos miran. Nos envuelve su mirada y nos eleva.

No sé cuánto tiempo tardaré en verle de nuevo allí. O si me tiene reservadas nuevas sorpresas para esta vida pero lo que si sé es que ya no le temo a la muerte. ¡Porque la muerte ha sido vencida!

Y ha sido vencida por Amor, por amor, amor, amor...

Emilio S. Úbeda Botella
Cuaresma confinada de 2020